

Relatos de vida. Autoheterografía

 Evelyn Galiazo

Nora Avaro, Julia Musitano y Judith Podlubne (compiladoras) (2018).
Un arte vulnerable. La biografía como forma. Rosario: Nube Negra, 340 páginas.

Un mismo tema atrae el interés de un grupo de académicos amigos que empiezan a repensarlo y a transformarlo en conjunto. El tema es la escritura biográfica y específicamente las biografías de escritores, y el grupo —nucleado en torno al Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria (CETyCLi) y al Centro de Estudios de Literatura Argentina (CELA), ambos de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario— irradia la idea nietzscheana de que el pensamiento nunca acontece en soledad sino que irrumpe en la polémica, estimulado por la rispidez de los juicios de los amigos. Además de una serie de proyectos de investigación, el espacio viene generando desde hace tiempo diversos encuentros y publicaciones en torno a ese conjunto heteróclito de textos híbridos que Barthes llamaba “nebulosa biográfica”. Los dieciocho artículos que reúne *Un arte vulnerable* reproducen las exposiciones y los debates suscitados en un coloquio que tuvo lugar a fines de 2016 sobre esa práctica discursiva caracterizada por producir y alterar subjetividades.

En el Prólogo, Nora Avaro y Judith Podlubne —dos de las compiladoras—, aclaran que el título (“un arte vulnerable”) está tomado de *Vidas ajenas. Principia biographica*, “vademecum del oficio” escrito por Leon Edel, biógrafo de Henry James, autor que había explorado antes y como pocos gran parte de las cuestiones centrales del libro, desde la in-distinción entre vida y obra, o vida y literatura, hasta los vínculos entre biógrafo y biografiado. Basándose en la historia de Claire Clairmont —hermanastra de Mary Shelley, con quien tuvo una relación simbiótica— y Edward Silsbee, crítico obsesionado con unas cartas inéditas de Percy Shelley, James inauguró con *Los papeles de Aspern* (1888) un espectro de relatos sobre la figura del biógrafo y el particular campo problemático que lo rodea. De esta *nouvelle* se desprendieron luego ficciones como *El loro de Flaubert*, de Julian Barnes, y ensayos como *Trois ans avec Derrida: Les carnets d'un biographe*, de Benoît Peeters. Textos de distintos géneros que confluyen en una misma exigencia: la necesidad de dramatizar el acceso a las fuentes poniendo en primer plano “la micropolítica de la gestión de documentos como zona de combate” y “los entretelones de la negociación

por el cuidado del archivo”. Podríamos decir que por eso varios de los artículos del libro insisten en análisis como el de Michael Anesko en *Monopolizing the Master: Henry James and the Politics of Modern Literary Scholarship*. Si de acuerdo con Edel “un biógrafo que trabaja como un artista se convierte en la biografía”, lo que sigue o lo que falta es “hacer una biografía del archivo”, que es, justamente, lo que Antonio Marcos Pereyra dice en su ensayo que Anesko hace. Pero además, en esa espiral que asciende desde el Silsbee de James hasta Anesko (o hasta el mismo libro del que estamos hablando) son todos escritores. Escritores obsesionados con otros escritores que escriben sobre escritores. De esta manera, según se deduce de *Un arte vulnerable*, las biografías literarias muestran cómo la misma fuerza imaginaria que relaciona la obra del biografiado con su vida, arrastra también al biógrafo, que se construye como autor al escribir sobre el otro que escribe, e incluso del crítico, último eslabón de una cadena infinita. Paradójicamente, esa atracción que conduce al biógrafo a identificarse con su objeto de estudio corre el foco de la figura del escritor biografiado a los procedimientos de escritura y autofiguración. En 1979, en respuesta a la noción práctica de “pacto autobiográfico” postulada por Philippe Lejeune para identificar el género apelando a la aparente simplicidad de la autorreferencia y los contratos de lectura, Paul de Man publicó su “Autobiografía como desfiguración”. Al invertir esa fórmula y pensar la “biografía como autofiguración” el volumen propone, cuarenta años después, otra vuelta de tuerca para la cuestión del giro autoheterográfico.

Por su parte, el subtítulo —*La biografía como forma*, referencia intervenida al título del ensayo sobre el ensayo de Theodor Adorno— busca despejar el sentido del término “vulnerable”: la biografía es un género frágil, siempre incipiente (es decir, nunca modelizado) porque cada biografía es una forma posible, una entre muchas otras, de narrar una vida. Esto vale también para el archivo. Identificar los procesos de construcción de un archivo (“hacer una biografía del archivo”, en palabras de Carlos Surghi), equivale a dejar al descubierto que no existe ninguna entidad textual o documental por debajo de ese campo de fuerzas en

disputa que cada lectura unifica provisoriamente. El mayor acierto de *Un arte vulnerable* consiste en desnudar, en el ejercicio de la crítica y la teoría, que todo archivo supone una política. Lejos de ser una simple cuestión académica, es una intervención decisiva que nos permite comprender que la política del archivo

atraviesa y determina el espacio general de lo político entendido como *res publica*. Como sostiene Derrida, “la democratización efectiva se mide siempre por este criterio esencial: la participación y el acceso al archivo, a su constitución y a su interpretación”.